

Queridos libreros

Lucía BAQUEDANO*

En el cruce de las calles Olite y Leyre, hubo hace muchísimos años una tienda minúscula. Su espacio estaba ocupado casi en su totalidad por cuadernos, lápices, gomas y pinturas Alpino, que eran el mayor lujo escolar al que podíamos aspirar los niños de entonces. Aquella tienda estaba muy cerca de mi casa, y por eso a ella acudíamos mis hermanas y yo cuando necesitábamos un bloc cuadriculado, un sacapuntas o papel para forrar los libros.

Fue la primera librería que conocí, porque también vendían “tebeos” y algunos, muy pocos, cuentos. Entre esos cuentos estaban los de Mari Pepa, que allá por mis ocho años eran los que más me gustaban, y aquel escaparate me parecía doblemente atractivo el día que al detenerme frente a él, veía tras el cristal *Las navidades de Mari Pepa* o *Mari Pepa en el colegio*, junto a *Florita*, *El Coyote*, *Jaimito* o *El Hombre Enmascarado*.

No recuerdo su nombre, tal vez ni siquiera lo tenía. Tampoco sé cuándo la cerraron, y sin embargo asocio aquella pequeña librería a maravillosos recuerdos de mi vida infantil de lectora.

Al crecer me hice asidua de El Bibliófilo, o Abárzuza, no recuerdo bien, porque o eran socios o estaban emparentados. Primero en Carlos III, frente a la iglesia de los capuchinos, y después justamente en la acera de frente. Allí solía alquilar libros, y eso de leer por una o dos pesetas *Los tres mosqueteros*, *La solterona*, *Pata de Zorra* o *Jane Eyre*, era increíblemente bueno. Aquellas dos pesetas daban derecho a tener el libro toda una semana, con lo que cabía la posibilidad de leerlo por segunda vez si el libro me había gustado mucho.

Pero, y supongo que cualquier pamplonés dirá lo mismo si se lo preguntamos, la librería por excelencia, la que se fundía con mi ideal de librería era Gómez.

Empecé a frecuentarla cuando salieron los libros de la colección Plaza, tan asequibles incluso para mi propio bolsillo. Cualquiera podía comprarlos. La verdad era que eran incómodos por sus márgenes estrechos, no estaban cosidos sino pegados con un pegamento de tan poca calidad que al terminar la lectura el libro podía estar totalmente descuartizado, pero aquella colección acercó la literatura y convirtió en lectores a muchos de los jóvenes de entonces.

Y descubrí en la Plaza del Castillo la librería Gómez, diferente a las que hasta entonces había conocido, en las que tras enterarse de lo que yo quería, ponían seis o siete libros sobre el mos-

133

* Autora de *Cinco panes de cebada*

trador entre los que tenía que elegir, dejándome ignorante de otras cosas que tal vez me hubiera interesado conocer. No; Gómez era una librería de verdad, un lugar donde nadie me preguntaba qué quería, porque las estanterías repletas de libros estaban a disposición de quien quisiera curiosear, manosear, acariciar, envidiar, leer... Se podía escoger con calma, hojeando, incluso leyendo algunas páginas. Y recuerdo cuántas veces tuve en mis manos *Los ojos del hermano eterno*, de Stefan Zweig, mi autor preferido cuando tenía 17 ó 18 años. Pero el libro volvía siempre a su lugar. Era tan delgado, lo terminaría tan pronto, que consciente de que tal vez no podría comprar otro en algún tiempo, salía de la librería llevando bajo el brazo *Cumbres borrascosas* o *Crimen y castigo*, igualmente atractivos, pero con muchísimas más páginas.

Creo que dada su poca extensión hubiera podido leer allí mismo, en un par de tardes *Los ojos del hermano eterno*, sin llamar la atención, o incluso bajo la indulgente y maternal mirada de la señora de Gómez, puesto que junto a las estanterías siempre había clientes con algún libro abierto. Pero no lo hice. Lo adquirí en una ocasión en que pude comprar algunos más, y uno delgado entre varios gruesos dolía menos.

Pasados los años. Y ya madre, solía ir con mis hijos a otra librería Gómez en Castillo de Maya, en el mismo local donde hoy se asienta El Parnasillo. Era una librería infantil, y de allí provienen casi todos los libros que leyeron mis hijos y aún conservamos en casa: Los de *Los Cinco* y *Los Hollister*, los de *Negríto Reeves* y *Nodi*, los de *Tocon* y *Langelot*. ¡Lástima que sus propietarios tuvieran que cerrarla! Me pregunto si hoy, que con tanto empeño se trabaja en instituciones y escuelas para inculcar en los niños el gusto por la lectura, hubiera tenido tan triste fin.

134

Pero el mundo del libro aunque bello es duro, por más que los que de una forma u otra estamos en él nos conformemos con sobrevivir. Aun así se lamentan los libreros de su incierto futuro. Sienten que la librería tradicional no puede competir con las librerías de los grandes centros comerciales. Sé de alguno que incluso ha calculado ya en cuánto descenderán sus ventas cuando en Pamplona abra sus puertas El Corte Inglés, y nada sorprende su incertidumbre ante el futuro.

Sin embargo creo que a los lectores nos sigue atrayendo la librería de siempre. Además hoy hay muchas como la Gómez de mi juventud, donde podemos seguir encontrando a una señora Gómez con toda su vida tras el mostrador, a una activa y cariñosa Pachi como la de El Bibliófilo, a otras Pilar Butini y Esperanza Sangalo en la bien surtida Manantial, a librerías lectoras, como Pilar de Carlos de la desaparecida Universitaria de la calle Amaya, que siempre acertaba con lo que me recomendaba. Seguirán existiendo personas luchadoras como Yolanda y Miguel, de la Librería Luma, y siempre habrá un Javier como el de El Parnasillo, capaz de adivinar qué libro quiero, aunque el título y el autor se obstinen en no despegarse de la punta de mi lengua... y tantos otros de otras tantas librerías, que por más alejadas de mi domicilio apenas conozco, que con su buen hacer seguirán siendo la sal de la vida, el alma de las librerías.